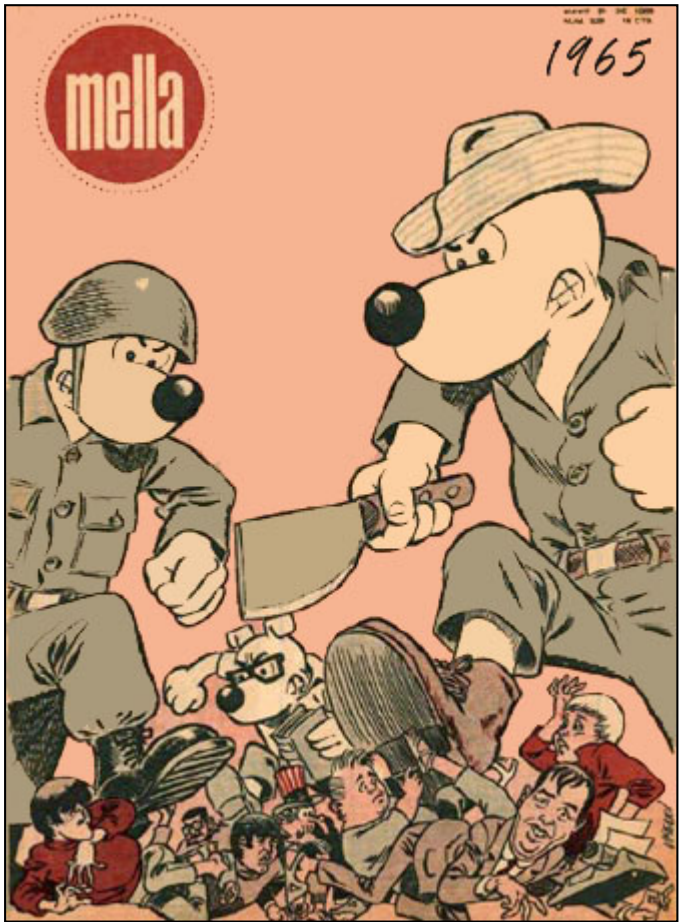


Por Félix Luis Viera

La sexóloga cubana Mariela Castro, hija del actual mandatario Raúl Castro y directora del Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex) ha dado a conocer en estos días su disposición para investigar sobre las particularidades de las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción), establecidas en la década de 1960, justamente entre los años 1965-1968, por el régimen existente en Cuba. Castro propone investigar “el tema, partiendo de los testimonios que tiene y de otros que ya le anuncian personas interesadas en narrar sus vivencias”. Y aclara la sexóloga que “hay que aprender de la historia con honestidad y transparencia, y asumir responsabilidades”.



Debemos colaborar.

A las seis de la tarde del sábado 18 de junio de 1966 un nutrido grupo de hombres se presentó en la llamada Carretera de Sagua —en el norte de la ciudad de Santa Clara—, en un edificio conocido como la OIR (se supone que por el nombre de la estación de radio que allí había existido), una dependencia del Comité Militar Municipal. Ellos llevaban una citación oficial en la cual se aclaraba que, en caso de no presentarse en el lugar ordenado, a la hora y día señalados, serían encarcelados. Nadie les había dicho para dónde irían, aunque podrían imaginarlo atendiendo a sus “personalidades” si las vinculaban con esa cosa tenebrosa que existía en la provincia de Camagüey, de la cual tantos



Padilla: “En uno de los Viajes que Raúl Castro realiza a Bulgaria le pregunta a las autoridades cómo había resuelto el Problema de la Homosexualidad, cosa que le “inquietaba” particularmente a él. Le contestaron que tenían un Campo Aparte en donde metemos a estos antisociales, particularmente a los homosexuales que usted le molesta tanto. A su regreso comenzaron los Campamentos de la UMAP

hablaban pero nadie, a ciencia cierta, sabía con exactitud de qué se trataba, solo que les llamaban “las UMAP”.

Para entrar en el edificio mencionado, los hombres debían mostrar la citación y así franquear los fusiles de los soldados vestidos de verde militar.



Padilla: Los Homosexuales en Cuba tienden a ser bien extravagantes y afeminados, por lo que particularmente se recogieron los homosexuales evidentemente afeminados. Raul Castro intentaba borrar del mapa al amanerado, prefería al homosexual controlado, al homosexual grave, es decir que hablen con la voz de macho. De esta manera le perdonaron la vida a muchos homosexuales no evidentes que habían en el gobierno

Afuera quedaban los familiares que los habían acompañado; pero sobre todo las madres, que tampoco sabían —y nadie les respondió esta pregunta— para dónde se llevaban a sus hijos.

Será por esto que lloraban, clamaban, gritaban en las afueras del lugar. Una de ellas gritó: “¿Habrà alguien que no sea Dios con poder suficiente para arrancarle a una madre su hijo sin decirle para dónde lo mandan?!”.

Entre los citados, que eran de diferentes zonas de la entonces provincia

de Las Villas, se hallaban religiosos de diversos credos—campesinos incluidos—, estudiantes de bajas notas, obreros, borrachines nocturnos y de fin de semana, y homosexuales. Claro, algunos contaban con más de uno de estos atributos. Y las edades iban desde los 16 a los 40 años y un poco más, a simple vista. Allí se hallaban, entre otros, Luis Becerra, de 16 años de edad, estudiante nocturno y domiciliado en Santa Clara; Jorge Blondín Iparraguirre, de 26 años de edad, trabajador agrícola en el central Washington, donde vivía, y de religión protestante; Julio Rivero, oficinista y residente en Santa Clara.

También se encontraban Rigoberto González, homosexual y mecánico automotor, dueño de un pequeño taller de este giro ubicado en Carretera Central y Marta Abreu, y quien, quizás para no dejarse dominar por el pánico, jaraneó: “Sí ya yo estoy de asilo, ¿pa’dónde me llevan?”. Rigoberto tendría entonces unos 40 años de edad, la misma que debía tener el Maestro (solo escribo el apodo porque él nunca fue homosexual confeso, aunque ya convicto lo era en ese momento). De los alrededores del municipio de Placetas era Colavito —su apellido—, mulato, homosexual evidente, y quizás uno de los seres más propensos a las lágrimas de frente al terror, a sus 37 años de edad.

Cepillo, también homosexual, residente en Santa Clara y trabajador de una cafetería en esa ciudad (no digo su nombre ni su otro sobrenombre porque posiblemente, como otros de aquéllos, ya haya muerto: tendría entonces algo más de 40 años de edad). Del municipio de Encrucijada eran los negros Pinchaejubo, trabajador del campo, especialista en subir cocoteros; Bambán, también trabajador agrícola —ambos de 25 años aproximadamente—; de la raza blanca, Pedro Bernia, campesino y evangelista de unos 20 años de edad; Manuel Valle, de la logia Orfelos y de unos 20 años.

De Cabaiguán Eurípides Ferrer, de acaso 23 años de edad y estudiante; de Cienfuegos, Víctor Soriano, de 27 años, obrero fabril y aquejado de una enfermedad pulmonar; de Ranchuelo, Guillermo Jiménez, de 30 años de edad,

llamado el Guille la Rumba y sin trabajo oficial reconocido; de los campos aledaños a Sancti Spiritus el Fiji, de gestos amanerados, de unos 17 años de edad, estudiante y católico.

Son solo ejemplos típicos. La lista, como se supone, sería muy larga.

Los convidados aguardaban sentados, algunos tirados, en el piso del salón, que se hallaba apiñado, respiración contra respiración. La mayoría de los soldados y oficiales que entraban y salían los miraban con desprecio, con un desprecio que querían demostrarles de manera enfática.

Un subteniente, haciendo un gesto abarcador con un brazo, dijo en alta voz antes de entrar en una oficina: **“Banda de maricones”**.



José Mario Rodríguez, fundó y dirigió las Ediciones El Puente (1961-1965), el primer movimiento cultural independiente en la Revolución. Abiertamente homosexual, en 1966 con el pretexto del Servicio Militar Obligatorio, fue reclutado e internado en las tristemente célebres UMAP.

Sobre las 10 de la noche llegaron unos camiones que ocuparon el patio, que rodeaba al edificio por los cuatro lados. Los militares dieron la orden de subir. Cuando los camiones salían por la misma puerta por la que habían entrado los convocados, algunos familiares decían adiós al azar —y gritaban nombres al azar, y maldecían al azar—: las luces del exterior habían sido apagadas.

El trayecto hacia los arrabales oeste de la ciudad duraría unos 40 minutos. En el



Hector Aldao: Nuestros familiares no sabían adonde nos llevarían. En el Trayecto a camaguey no nos permitían bajar, ni hacer una llamada, íbamos en calidad de prisioneros.

extremo de cada camión, sujetos a una cuerda de baranda a baranda, iban soldados con armas cortas. Varios jeeps militares escoltaban a los camiones; avanzaban, se detenían, retrocedían, según el caso.

Llegaron hasta una explanada rodeada de maniguas. La única luz era la de los faros de los camiones. Junto a un barracón de mampostería, vasto, estaban otros soldados; estos eran, sin duda, soldados en campaña, los anteriores parecían “soldados de ciudad”. Estos les

“entregaron” los hombres a los que habían estado esperando, quienes, a gritos de donde se podía entresacar la palabra “lacras”, sobre todo, hicieron bajar a los hombres y los conminaron, a bayoneta calada, para que entraran en el barracón.

El piso del barracón era de cemento, polvoso y cubierto de cagarrutas de chivo. El techo estaba en lo alto; la luz era escasa, proveniente de unos bombillos incandescentes que se hallaban muy arriba.

También las ventanas estaban a una altura desproporcionada, y entreabiertas. El calor era muy intenso. Los soldados ordenaron a los hombres que se acostaran en el piso, con las cabezas



Actor Rafael de Palet: Mediante el engaño de un llamado al Servicio Militar, arrestaban a todo aquel que no se ajustaba al comportamiento de un revolucionario, escritores, músicos, actores, homosexuales, testigos de Jehova.

pegadas a la pared, los pies hacia el centro del barracón; pero una buena parte tuvo que hacerlo en medio del área: el espacio no alcanzaba. Luego de pedir y recoger las cuchillas de afeitar que trajera cada uno, los soldados dieron la orden de que los hombres dormirían con sus equipajes como almohadas, estrictamente; es decir, durante la noche no podían sacarse el equipaje de debajo de sus cabezas.

A medianoche apagaron las luces.

No todos pudieron dormir. Hasta el amanecer se escucharon ayes, ruegos a las madres, sollozos, súplicas por el hambre. Y las botas de los soldados sonando en uno y otro sitio.

“¡La bayoneta no! ¡La bayoneta no!”, gritó en la madrugada alguno de los reclutados, con ese tono de pavor propio de quien despierta de una pesadilla.

Los gritos de “¡De pie!” se escucharon antes del amanecer. Algunos de los hombres, también gritando, dijeron que no sabían qué significaba “De pie”.

Los soldados llevaban lámparas de mano y recorrían el barracón instando a levantarse. Algunos de ellos pateando con fuerza el piso mientras repetían “antes del amanecer, antes del amanecer”.

El barracón estaba rodeado de jeeps y tres o cuatro camiones del Ejército. Los faros de estos ofrecían la única luz. Serían en total 80 o 90 hombres. En la penumbra, los soldados repartieron un pedazo de pan con algo que debía ser mantequilla. Algunos de los citados exclamaban “agua”.

Un soldado, sobre todo ése, cuando escuchaba esta expresión respondía en alta voz: “¡En el ejército no hay sindicato!”.

Debieron subir a los camiones en medio de la oscuridad. De nuevo, en los extremos de la plancha iban soldados con fusiles. El silencio, el silencio de los hombres, se podía tocar, si descontamos algunos quejidos, rezos, suspiros. Se escuchaban realmente los ruidos de los motores, de algún ave nocturna, de las ramas pegando contra los laterales de los camiones: el camino era de tierra y estrecho, lo decían los baches.

Antes de la parada final, los camiones se detuvieron. Reanudaron la marcha cuando el sol ya apuntaba. Finalmente, fueron a dar a una explanada rectangular cruzada por las líneas del ferrocarril. Allí estaban otros militares, que “recibieron” a los encartados de mano de los anteriores. Arrimaron a los hombres hacia un lado, los amontonaron más bien custodiados por un grupo de guardianes con fusiles en posición de Apunten.

Se sintió a lo lejos el ruido de una locomotora, que al fin, cuando pasó, resultó ser de color negro, antigua, de vapor, y que arrastraba una ristra de vagones de carga, cerrados. El convoy se detuvo y dos soldados, que tenían aires de jefe, fueron hasta uno de ellos y regresaron con otros militares que cargaban unas calderas grandes que, luego se sabría, contenían leche. Una leche acuosa, tibia. No todos los citados traían vasos y esto demoró el trámite: unos debieron esperar a que terminaran de beber los otros, los que sí traían vasos.

José Mario: No nos dejaban bajar del Omnibus, entonces las gentes se cagaban, se orinaban en la parte de atrás del Omnibus. La gente gritaba por los pueblos pidiendo agua.

Ya en la claridad, fue posible ver que el

promedio de los citados se hallaba magullado, con las ropas renegridas de churre y cagarrutas de chivo, y el miedo en toda la cara. Unos, extrañamente, habían acudido a la citación vestidos de blanco.

Los soldados ordenaron hacer una fila paralela a los últimos vagones, y cuando la avanzada de los reclutados llegó justo a la entrada del primero de estos últimos, que tenía la puerta abierta, mandaron a subir. Uno de los hombres, gordo más bien, de pelo y piel rojizos, quizás de 25 años de edad y que cuando estaban repartiendo la leche se había hecho llamar María Elena, dijo entonces: "Yo no puedo subir", mientras mostraba sus manos ocupadas con sendos maletines y, agarrada contra una axila, una bolsa de tela.

Se apartó de la fila. Un soldado se le acercó moviendo la cabeza de un lado a otro. Lo conminó rozándole el pecho con la culata del fusil. Pero el de pelo rojizo negó con la cabeza y, con varios gestos de cara, volvió a llamar la atención sobre su equipaje. El soldado silbó llamando a uno de sus pares que se encontraba lejano de la fila. Éste se acercó y a una orden tomó los dos maletines del pelirrojo y los impulsó hacia dentro del vagón. Y abrió la bolsa de tela. Era un osito de peluche, muy gastado, raído, rosado un día. A una orden, el soldado que se había acercado lanzó el osito lejos, contra la yerba.



Pintor Anibal: La Seguridad del Estado dividió a los arrestados en 3 grupos: 1- Hippias, 2- Homosexuales, 3- Conducta Impropia, que eran los que no se podían catalogar en el grupo 1 y 2. En este ultimo grupo podía caer cualquier persona.

Los laterales de las líneas estaban rellenos de piedras filosas, sobresalientes. Para los hombres de más edad, para los más pesados, para los menos preparados

físicamente en fin, no resultaba sencillo subir, desde las estelas de piedras que



Dibujo presentado por el pintor Anibal en el que se muestra como era el campo de concentracion de la UMAP

de los vagones, como querían los soldados. Uno, que luego diría se llamaba Agustín San Román, muy alto, delgado, mulato, de unos 30 años de edad, trastabilló y fue de rodillas contra las pierdas. Se quejó en silencio. Cojeando, recogió sus pertenencias y las deslizó hacia dentro del vagón. Dos de los que ya estaban dentro lo ayudaron, tuvieron que arrastrarlo hacia sí.

Cuando ya todos habían subido, aparecieron por un camino enyerbado, enfrente, otros camiones de donde los escoltas hicieron bajar a grupos semejantes. Pasaron por el mismo proceso, leche incluida desde las calderas.

Cuando ya los últimos en llegar habían subido, las puertas de los vagones, sin embargo, continuaron abiertas. Y unos minutos después se escuchó el ruido propio de otras que se abrían; eran las de los vagones delanteros. Voces que llegaban desde allá. Gritos de los soldados que hacia allá, lejos, acarreaban otras calderas de leche.



Torres de vigilancia con guardias armados

Cercas de alambres de pua con electricidad para evitar las fugas del campo de concentracion. Bordeaban todo el campamento

En un rincón del vagón que ocupaba, María Elena se mesaba su diezmada cabellera rojiza, sentado sobre sus dos maletines. Tenía la vista perdida en el piso, repleto con los cuerpos de sus compañeros de viaje.

Si se miraba hacia los cuatro puntos cardinales no se veía a nadie que no fueran

los soldados y los citados.

Se escucharon gritos que avisaban que ya iban a cerrar las puertas. “El tiempo apremia”, gritaba uno de los que venían dando la orden a los que se hallaban apostados en las puertas.

Era la media mañana del domingo 19 de julio de 1966.



Habían 20 celdas de Castigo en el campo de concentración. El prisionero debía dormir en el piso porque no tenían camas

En el vagón que le había tocado, uno de los hombres, de unos 20 años de edad y cuya cabellera debió de ser frondosa —negra era— antes de pelarse al rapado, como exigía la citación que lo había llevado hacia donde estaba ahora, gritó casi:

“Los golpes se pueden cobrar, pero no hay vida que alcance para cobrar la humillación”.

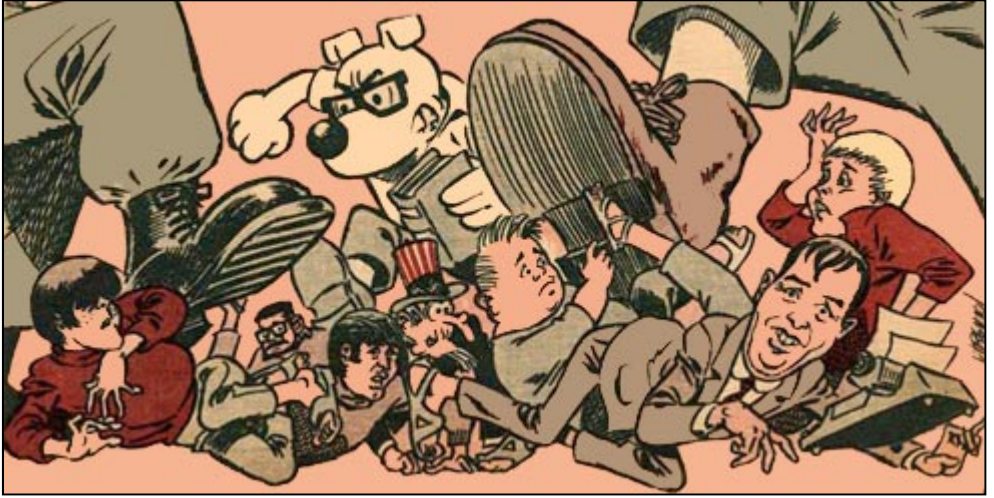
Antes de cerrar las puertas, soldados en pequeños grupos corrieron hacia atrás y hacia delante —se cruzaban unos y otros— a unos cuatro metros de distancia de los vagones, anunciándolo; y llegaron otros para advertir a los reclutados que tenían que “guardar disciplina” y que ellos, los soldados, estarían al tanto desde sus sitios en otros vagones.

Varios de los hombres aconsejaban en alta voz que sería necesario cerrar los ojos y, al abrirlos, ya la oscuridad sería menos.

Pero nunca fue ostensiblemente menos mientras los vagones estuvieron cerrados. Y no lo estuvieron solo cuando, al acercarse a algún pueblo, eran abiertos; desde fuera, por los soldados, se entiende. La oscuridad era compacta y resultaba un agobio extra oír, perennemente, los quejidos en alta voz, a gritos, como si quienes los prodigaban intentaran ser escuchados, de todas todas, por encima del ruido del tren en movimiento. Solo entraban algunos hilos de luz por los laterales, arriba. Seguramente, ciertos vagones estaban destinados a transportar algo que contuviera químicos: no pocos de los hombres estornudaban sin parar, mientras otros se quejaban de que los estaban escupiendo.

Todos serían un amasijo de sudor; el calor, lógicamente, era mucho más que en el exterior. Y eran un amasijo de conjunto: iban pegados unos contra otros, como pudieran, más la impedimenta de los equipajes. En sendos extremos había un perol con agua de tomar. Pero llegar hasta allí, para los que viajaban en medio —los más—, resultaba el azar; tenían que andar a tientas, apoyarse en los cuerpos de

los demás; caían, discutían, se golpeaban al bulto. Y finalmente, en muchos casos, se escuchaba el pesar: no traían con qué tomar; y era el azar mayor pedir prestado un vaso en la oscuridad. Hasta el final se escucharía, entre maldiciones, la queja de que algunos estaban valiéndose de las manos para tomar el agua.



El tren hizo la primera para quizás dos horas después, en las afueras de una población: a los lejos se veían las cimas de las casas más altas. (Posteriormente, las paradas serían semejantes, siempre cerca de los sitios poblados, nunca justamente en ellos.) Abrieron las puertas y llegaron soldados repartiendo una lata de sardinas per cápita, exigieron que cada uno tomara su lata y se fuera hacia el extremo del vagón que indicaban, para que no hicieran trampas, “no vayan a coger de más”, aclaraban. Junto a cada puerta estaban soldados con fusiles en ristre.

No había permiso para bajar, contestaban. ¿Y para orinar?, preguntaron varios. ¿Si



Padilla: Sartre nos decía a nosotros, que como Cuba no tenía judíos, había homosexuales, un régimen totalitario siempre busca un antagonismo con una parte de la sociedad

no había permiso para bajar, cómo lo habría para orinar “aquí afuera”?, respondió uno, sobre todo ese uno. Lo real era que nadie podría saber cuántos hombres ya se habían orinado en el vagón; ni que varios, además de los churres todos del camino, tenían orine en sus ropas y piel. Será difícil para los reclutas olvidar los portazos de las puertas corredizas, los cuales iniciaban los largos tramos de ceguera impuesta,

promiscuidad, golpes involuntarios entre sí y contra las paredes de tablas.

Pocos de los reclutados tenían abridores y así las latas de sardina eran estalladas contra las maderas o cualquier trozo de piso disponible; a tientas. Ni tenían cubiertos y las sardinas eran tomadas con los dedos, succionadas con las bocas, que luego expulsaban las pieles, aceites y huesecillos en la penumbra. Dentro del calor, que parecía desleír los cuerpos, los malos olores fueron aumentando en la medida en que el viaje continuaba; hedores a sardina, excremento, orina, sudores, sangre.

Para sobreponerse al ruido del tren en movimiento era necesario gritar con mucha fuerza y a la vez contar con una voz igual de aguda. Por lo general las voces formaban un murmullo alto —valga la paradoja— que llegaría a producir un letargo

colectivo. Sin embargo, aquella se superpuso al ruido ambiente y a las demás: “¡No resisto más! ¡Quiero ver, quiero ver!”, gritaba o más bien chillaba aderezando la frase con palabras malsonantes.

Era la voz de un hombre flaco, encorvado, con su pelo cepillado castaño claro, de ojos grandes y la piel de la cara muy pegada a los huesos; estaba sin camisa y las costillas se le podían contar con la mirada.



Cabrera Infantes: LLeve a su casa a Virgilio Piñera, después de ser liberado. Cuando llegamos, estaba clausurada. La realidad era que el presidente de los CDR se quería quedar con la casa de Virgilio Piñera.

Esta descripción solo fue posible cuando, en una de las paradas del tren, el hombre continuó con los mismos gritos luego que los soldados abrieron la

puerta del vagón. Y gritando se lanzó contra los guardias, para caer de bruces contra la tierra. Y siguió gritando, aullando, chillando “¡quiero ver!”, a la vez que se quejaba de los dolores, cuando se lo llevaban.

Cada vez que las puertas eran abiertas algunos de los reclutados preguntaban a los guardias hacia dónde iban. La respuesta era invariable: en el ejército no se pregunta, se obedece sin hablar. Varios de los hombres, en uno y otro momento, aseguraban que el tren iría por un pueblo o por otro, decían saberlo por el oído o contando las paradas, discutían; luego, cuando el tren se detenía, abrían las puertas y era posible mirar a lo lejos, los apostantes, todos, perdían: siempre estaban más cerca del sitio de partida, que lo calculado.

En uno de los últimos tramos, unos y otros comenzaron a quejarse de picazón en todo el cuerpo. En una parada pudo verse que varios, aun los negros, tenían ramazones en la cara, torso, brazos. Eso se arregla luego, contestaron los soldados a quienes preguntaron qué hacer. No todos preguntaban. Varios con las ronchas, otros sin ellas, se quedaban tirados en el piso aprovechando el espacio sobrante cuando sus vecinos de viaje se ponían de pie. Un grupo de los que se habían quitado las camisas las habían dejado en el piso. Otros caminaban sobre ellas. Algunas estaban encharcadas de vómitos. En el vagón se podían contar dos o tres charcos de vómito; su olor complicaba aún más el hedor ambiente, catalizado por el calor.

En el vagón donde iba el hombre de unos 20 años de edad, cuya cabellera debió de ser frondosa —negra era— antes de pelarse al rapado, como exigía la citación que lo había llevado hacia donde estaba ahora, uno de sus compañeros anunció algo inusitado: lanzaría una moneda envuelta con el texto de un telegrama, por las rendijas de las tablas. Lo exclamó como quien se ufana de un descubrimiento sumo.

En una de las últimas paradas, que sería la última aún con luz solar, el anunciante tomó una hoja de la libreta que llevaba, el lápiz, redactó y envolvió la moneda. En la memoria de quienes lo miraban debió quedar esta máxima: en semejantes circunstancias, un hombre puede olvidar el vaso y los cubiertos, pero sería muy raro que olvidara con qué comunicarse. En cuanto el tren retomó la marcha, el hombre, afinando la vista, dijo, pulsando el pulgar con toda su fuerza por uno de los intersticios, logró que el envoltorio cayera hacia fuera. Tiempo después, el remitente proclamaría que su telegrama había llegado a los destinatarios.

Era el anochecer —no se veían resquicios de luz por ninguna parte— cuando el tren hizo la parada más larga, la última antes de llegar a la ciudad de Camagüey,

que allí se veía. Era Camagüey, sin duda, se distinguían las luces de una ciudad grande, o al menos más grande que las cruzadas hasta entonces. Pareció que se hallaban más soldados custodiando las puertas que en las paradas anteriores; tenían los fusiles terciados al pecho y metían la vista todo lo posible hacia el interior del vagón. Repartieron comida, una cajita con arroz y frijoles colorados. Ordenaron acercarse a la puerta, tomar la cajita y retirarse a un extremo del vagón, “para que no cojan de más”.

La oscuridad era casi igual que cuando el tren iba en marcha, de día. Unos hombres despertaban o animaban a otros que no se levantaban. Uno, que tenía su



Padilla: A la Dictadura le molestaba particularmente el Hombre Homosexual. La Lesbiana femenina era tolerada incluso les excitaba. No hay nada que excite más a la Mentalidad Primitiva de un cubano que dos mujeres en una cama, le supone una inocencia real porque como están “desarmadas” de un falo natural... pues le es perfectamente tolerable

camisa de floripones amarrada a la cintura, delgado, encorvado, rubio, arrastró casi hasta la puerta a aquel que en la mañana se había hecho llamar María Elena. “A mí, muéranme de una vez”, le dijo con voz soñolienta María Elena al soldado que le entregaba la cajita; y el de la camisa de floripones lo agarró y lo llevó hasta su rincón. Entonces se escucharon gritos y varios disparos — de armas cortas justamente—. “¡Se va ese negro tetón!”, decían los gritos. Y se vieron a unos soldados, que corrían viniendo desde la derecha, enrumbar hacia enfrente, donde la oscuridad era más

cerrada y tal vez habría un bosquecillo. ¿Quién sería el “negro tetón”? ¿quién era?, preguntaron varios. Y al unísono corrieron muchas voces que ordenaban a gritos cerrar los vagones.

La espera se hizo muy larga. Más de dos horas. Los reclutados apenas hablaban. Se escuchaban tanto lamentos como maldiciones, en voz baja. Y oraciones susurradas. Citas bíblicas, extensas. Lo peor de todo era el mal olor. Ya, cuando el tren arrancó, el silencio dentro del vagón era casi rotundo. Al dar el tren el primer envión, uno gritó, con ese acento de pánico con que se despierta de una pesadilla: “¡Soy católico!”. Serían las 10 de la noche. El movimiento fue lento. Se sintió el retroceso, el avance, el retroceso y el avance de nuevo. Fue posible escuchar en algún momento, llegados desde afuera, voces, cláxones, llamadas; en fin, a pocos metros del convoy otras personas iban o venían de paseo, del trabajo, de sus casas.

Habrían transcurrido unos 10 minutos cuando el tren tomó una velocidad que casi hacía flotar los cuerpos de los envagonados. Este tramo pareció inmenso, quizás por la velocidad del tren, tal vez porque se acercaba el término del viaje. Finalmente, se sintieron las ruedas chirriar; la velocidad mermó mientras se escuchaba, de manera exorbitante, el silbato de la locomotora. Paró en firme. En el exterior correteos, gritos. Se abrió la puerta mediante un tirón rapidísimo. “¡Son las 10 y 45, acabo de verlo!”, gritó uno de los reclutados que debía ser de los que traían relojes, más bien con la entonación de quien protesta.

Cuando los ojos se adaptaron a la oscuridad, fue posible ver una formación de soldados a lo largo de la línea y entre la maleza, tenían la bayoneta calada y los fusiles en posición de listo. De inmediato, allá, a la izquierda, se prendieron muchos

faros alineados; eran, luego se sabría, de camiones que hacían un ángulo con la locomotora. El tren comenzó a moverse y, en la medida en que lo hacía y vaciaba, se movían asimismo los soldados que resguardaban cada vagón. Cuando el vagón en que se hallaba el hombre de 20 años cuya cabellera negra, si dudas otrora abundante, se acercaba a la carretera donde esperaban los camiones, él dijo



“Tengo miedo, si al menos fuera de día, si hubiera luz”. Cuando el vagón donde iba este hombre llegó a la carretera, los soldados que se mantenían cercándolo ordenaron, con gritos expresamente intimidantes, que se bajaran rápidamente, mientras apuntaban a medias con sus fusiles, y los alineados en la carretera atronaban “¡corran!, ¡suban!”.

Según Juan Goytisolo, Piñera vive aterrado por la posibilidad de enfrentar la delación y la cárcel. Durante mi estancia en La Habana pude conversar extensamente con Franqui, Padilla y otros compañeros que no cito porque residen todavía en el país: por ellos me enteré de los problemas y obstáculos con que tropezaban, de la omnipresencia policial, de los estragos de la autocensura. En el hotel Nacional recibí igualmente la visita de Virgilio Piñera: su deterioro físico, el estado de angustia y pánico en el que vivía se advertían a simple vista.

Receloso, como un hombre acosado, quiso que saliéramos al jardín para conversar libremente. Me contó con detalle la persecución que sufrían los homosexuales, las denuncias y redadas de que eran objeto, la existencia de los campos de la UMAP en donde habían mas de 60 mil homosexuales.

Los músculos estaban entumecidos, el asfalto bacheado, la distancia desde el piso del vagón hasta el suelo era considerable; pero los soldados conminaban a lanzarse ya, rápido, sin pausa. Uno de los reclutados, al caer dobló las rodillas, se fue hacia atrás, se golpeó la cabeza quizás con el raíl, y en su afán de incorporarse se fue de rodillas, volteó y cayó de espaldas.

“Vamos, de pie, corre, arriba, vamos”, le ordenó un soldado. Pero el caído, al intentar obedecer, sólo alcanzó un movimiento sin control del torso y se le vio en la noche una baba por un extremo de la boca y los ojos como si quisieran regarse en toda la cara, “no puedo”, balbuceó, “no me siento las piernas”.

El reclutado de unos 20 años de edad retrocedió y trató de ayudar al caído, que se agarró con toda fuerza a su pierna derecha clavándole las uñas “no me dejes, siento que me partí la columna vertebral, no me dejes”. Pero el soldado se acercó al que intentaba ayudar, lo pinchó con la bayoneta y le gritó:

“¡Tú corre a tu camión, comemierda!”.

Estos camiones eran más antiguos, tenían el motor —que parecía quejarse más bien— en la “nariz”, la cual se tomaba un tramo considerable más allá de la cabina del conductor. La marcha era lenta, de manera que no era posible que el ambiente se refrescara ni aun en medio de la noche; ni que, en cuantía suficiente, se disiparan los malos olores con que cargaban los hombres. Además de los soldados que custodiaban en los camiones, iban otros en jeeps que corrían y retrocedían por los laterales. Ya habría pasado la medianoche cuando el convoy hizo un giro a la derecha y se abrió un pequeño, intrincado pueblo camagüeyano.

Entraron los camiones por una puerta lateral de un estadio de béisbol, y abarcaron en círculo las orillas del terreno. Se encendieron más luces que las prendidas hasta entonces y se escucharon órdenes de bajar “a toda velocidad”. Unos ayudaban a

bajar a otros. Se oían sobre todo las palabras “sed”, “hambre”, “mamá”, “madre”, “dios”. Los guardias encaminaron al grupo hacia el centro. A algunos a rastras. Se llenó por completo el terreno de béisbol. Una buena parte de los reclutados se echó en la yerba, en la arena, y así estuvieron hasta que los soldados fueron de grupo en grupo conminándolos a ponerse en pie, avisando: “¡El jefe va a hablar!”.

Desde un podio, tosco, en lo alto, detrás del home, habló el que se presentó como comandante político de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción; estaba rodeado de seis u ocho militares con aires y charreteras de oficiales, uno de estos había presentado al comandante político. Éste, mediante un altoparlante que

transmitía tanto ruido como voz, aclaró que era falso lo que personas enemigas de la revolución decían sobre las Umap, eran patrañas de los enemigos “de afuera y adentro”, las Umap no eran otra cosa que la inversión de fuerza de trabajo en la necesitada provincia de Camagüey.

No todos los hombres podían ingresar en las fuerzas regulares del Servicio Militar Obligatorio, no todos los hombres nacían aptos para las armas militares, también con el machete y la guataca se podía defender la patria, mientras quienes así lo hacían comprendían mejor que nunca cuánto tesón y coraje se necesitaba para que la tierra diera los frutos que una nueva sociedad necesitaba. Mientras el jefe político hablaba, varios hombres caían y eran levantados a punta de bayoneta por los soldados, pero volvían a caer, y volvían a levantarlos.

Por estas razones las organizaciones juveniles de nuestro país, hemos decidido plantearles a ustedes, estudiantes secundarios, la necesidad de expulsar de los planteles a todos aquellos elementos que no son capaces de inspirarse en la obra de la Revolución en el sacrificio de nuestros mártires, en el heroísmo presente de la juventud cubana, que tratan de vivir a espaldas del proceso revolucionario que quieren representar la ideología de los enemigos del pueblo.

ESTOS elementos, contrarrevolucionarios y homosexuales, es necesario expulsarlos de los planteles en el último año de su carrera en la enseñanza secundaria superior, para impedir su ingreso en las Universidades. Para ellos solamente hay dos alternativas dentro de nuestra sociedad: o convertirse en elementos deleznable, o pasar a formar parte de las filas del ejército del trabajo, y educarse allí en una actitud distinta, más acorde con la forma de pensar de nuestra juventud, para poder ganar en el futuro la oportunidad de que las masas vuelvan a tenerles confianza.

PERO es necesario también que los jóvenes que no han demostrado una actitud correcta ante sus estudios, en la disciplina del plantel, que muestren determinadas desviaciones que puedan expresar en ellos algún tipo de blandenguería pequeño burguesa y que sean opáticos a las actividades revolucionarias que realiza el estudiantado, sino expulsado de los planteles, por lo menos, antes de ganar el derecho de ingresar en nuestras Universidades, cumplan una tarea honrosa que tiene la juventud cubana actualmente, ingresar en el Servicio Militar Obligatorio, y que después, acorde con su comportamiento en nuestras gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias, puedan cubrir en sus expedientes los logros que hoy tienen, y que les impiden ingresar en nuestras Universidades.

REVISTA MELLA 31 DE MAYO 1965

Cuando el comandante político terminó, solo pocos de los reclutados aplaudieron. Pero tal pareció que eran muchos los aplausos: atronó el de los oficiales que estaban junto al comandante, cerca del amplificador, y el de los soldados que se hallaban en el terreno. Cuando cesaron los aplausos, uno de los encartados, que gritó llamarse “Belisario” y a quien, dijo, “había que tocársela”, comenzó a caminar de espaldas, repitiendo las mismas frases. Estaba cerca del hombre de unos veinte años cuya cabellera, ahora rapada, sin duda sería negrísima. Éste no vio desafío en la expresión de Belisario, pareciera que esas frases se las decía a sí mismo o a alguien que no estaba allí. Siguió caminando de espaldas, diciendo lo mismo, hasta que topó con la malla de un lateral. Los soldados se dieron voces de un sitio a otro y los reclutados fueron puestos de pie, los que no lo estaban, y cercados a presión por los guardias. Belisario, abacorado por dos o tres guardias y ya en un extremo de la maya adonde

no llegaba la luz, gritó quizá par de veces lo mismo, antes de que se escucharan golpes, quejidos. Cuando lo llevaban a rastras hacia fuera del estadio, pudo verse que vestía un pantalón de caqui, la camisa de lienzo tal vez color crema.

Al salir del estadio recibieron un bocadito de pasta indescifrable y “agua para toda la tropa”, a uno por uno antes de subir a los camiones, de manos de soldados que no llevaban fusiles ni pistolas, como “soldados camareros”. Se fragmentó por segunda vez la caravana —la primera había sido cuando llenaron los camiones desde el tren— y agarró distintas direcciones del pueblito.



Reinaldo Arena: Cuando Fidel Castro empieza a llevar a cabo la Represion, lleva a la poblacion a un Estado Paranoico y al mismo tiempo los lleva a aplaudir esos atropellos. Todo ser Humano en un sistema Totalitario tiene que hacer esa simulacion, porque todos dependen del Estado, el Estado es el que le da a uno el Trabajo, el Estado es quien te permite o no Estudiar en una Universidad, el Estado es quien te dice si eres o no promocionado.

El camión en que iba aquel hombre de unos 20 años tomó hacia el fondo y enrumbó por un terraplén. Entonces se sentía más recia la noche porque era campo abierto. Cuando el motor desaceleraba era posible escuchar los grillos y en algún momento el pitido de una lechuga, puesto que los hombres llevaban el silencio del agotamiento y del miedo. Se mantenían esos murmullos que debían ser rezos. Iba la caravana lenta debido a lo maltrecho del camino.

Era madrugada cerrada y la luna se asomaba apenas y de rato en rato, y el calor y el sudor empapaba sobre lo empapado. Se notaba que los reclutados miraban a un lado y a otro como si quisieran adivinar en dónde se hallaban o quizás buscando una señal que les indicara que estaban llegando a alguna parte. El camino por tramos se estrechaba entre zarzales y entonces el asunto parecía más fúnebre aún. Nadie iba sentado porque los baches tiraban hacia acá y hacia allá y los que no estaban a mano de la baranda se agarraban unos a otros. Había arribado la solidaridad: nadie se fijaba si se le agarraba un homosexual, ni ningún homosexual se agarraba a otro que no lo fuera como a la carne.

Los camiones de adelante fueron aminorando la marcha. Unos tres minutos después el farol derecho del camión donde iba aquel hombre cruzó un cartel escrito en una tabla irregular, sin color añadido y como mordisqueada en los bordes, que avisaba con trazos gruesos de algún betún negro: “sona melital”. Era maleza baja lo que se veía alrededor, al parecer desmochada recientemente.

Los camiones entraron iluminando a dos soldados con el fusil al pecho junto a una garita y dieron vuelta en redondo y se vieron las cercas de alambres de púas, muy altas, con un tiro aéreo como de dos pies hacia dentro en la cúspide. Los alambres de púas estaban pegados y cruzados entre sí a manera de cuadrículas mínimas por donde no cabría ni una mano. Mandaron bajar pero los camiones no apagaron los faros. “¡Formen!” fueron gritando los soldados que habían escoltado hasta allí, a la par que iban organizando a los hombres, que al fin hicieron unas filas que daban pena, o risa. Los camiones seguían dando la única luz con sus faros. Aquel reclutado de unos veinte años de edad pudo ver que quienes estaban cerca de él tenían el pánico en el rostro, miraban a las alambradas de parpadeo en parpadeo. Uno de los que el hombre observaba en ese momento, de piel rosada, delgado,

nariz ganchuda, unos 18 años de edad, súbitamente comenzó a cantar en alta voz "En la montaña de Imitos/ el corazón yo te entregué". Varios soldados llegaron corriendo hasta el grupo, "¿quién cantó?", preguntaban. El cantador dijo "yo" mientras bajaba la cabeza y sollozaba. Lo reprendieron enfatizándole que "los hombres no lloran".

Los soldados que venían en los camiones se fueron en estos. Los que esperaban en el sitio dieron tres o cuatro discursos presentándose como jefes y segundos jefes y terceros y jefes de "pelotón" y de "política". La iluminación llegaba de unos mechones de queroseno que habían puesto en un sitio y otros soldados que dijeron ser "la guarnición". Los jefes anunciaron que esa primera noche habría que dormir en el piso. Era de cemento recién fraguado, que aún no había sido barrido. De nuevo el equipaje sería la almohada.

Al amanecer la mayoría de los hombres contemplaban las cercas, y lo comentaban entre sí; el asombro por instantes se superponía a la expresión de temor, o se mezclaban ambas. Los formaron mediante órdenes que obviaban la inexperiencia para el caso de los reclutados: las filas hacia los excusados más bien serpenteaban. Solo podrían hacer las necesidades, no había agua, "mañana sí, la traerán de la granja", anunciaron los jefes. En el comedor les sirvieron el aproximado de una taza de leche evaporada. "El pan lo traen mañana", dijeron los soldados.

A seguidas los arrearon para el centro de la explanada, los formaron de nuevo y les

asignaron los números, "que serán sus nombres en lo adelante". Los encaminaron hasta una garita donde, después de decir sus tallas, recibieron dos pantalones azul añil de mezclilla; dos camisas azul claro de mezclilla; tres calzoncillos verde oscuros de popelín satinado de patas largas sin bragueta; una gorra de igual color y tela que la camisa; un sombrero de guano; tres pares de medias verde oscuras de algodón; dos monogramas de forma triangular con fondo blanco y letras rojizas que decían SoldadoUmap y que los reclutados debían coser de alguna manera al brazo izquierdo de la camisa; un pantalón verde militar con grandes bolsillos exteriores en los muslos que solo podría ser usado al salir de familiares y en alguna salida eventual



Cesar Bermudes: Desde el Año 1965 en el Sistema Educativo se ordenaron hacer "Depuraciones Morales" del Estudiantado. Se citaban a las Asambleas Generales por medio de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y se les obligaba a todos los estudiantes a asistir. A esas Reuniones la UJC, llevaba una lista de los Estudiantes que tenían que ser depurados. Las Humillaciones consistían en que todos los miembros del Estudiantado debían caerle a Sablazos al Estudiante que tenía que ser Depurado, incluso nadie podía defender al Depurado por miedo a ser Depurado también. Muchas Personas Abandonaban la Reunión y era expulsión automática del Plantel. Muchos prefirieron el Suicidio, no solo enfrentarse a la humillación pública, sino a la humillación familiar de tener que decir a la madre o al Padre : Me botaron de la Universidad, porque me acusaron de ser Homosexual

autorizada; tres pañuelos blancos de algodón; tres toallas blancas y pequeñas de tela, más que afelpada, semicorrugada; un par de botas amarillas de caña baja; una colcha blanco crema, delgada. Sin excepción, al dirigirse al sitio que les indicaron, con la carga de la ropa a cuestras, los hombres —que parecían una procesión de mendigos con sus ropas de civil sucia, percutida, manchada de tantas cosas, y

ellos mismos sucios, ajados, tambaleantes— serían lo más parecido a la derrota.

Era el domingo 20 de junio de 1966. Los reclutados estarían siete días terminando los detalles que le faltaban al campamento; poniendo las armazones donde irían las hamacas; limpiando los retretes; eliminando los yerbajos que crecían en diversos ángulos; y marchando, marchando sin saber ni remotamente de qué se trataba, y sin que a los jefes les importara que ellos no supieran. Era penoso ver, bajo el sol terrible, marchar a los más viejos, a los más débiles. Llamaba la atención, sobre todo, un hombre de aproximadamente 6 pies y 5 pulgadas de estatura, desgarrado, delgado para su altura y de unos 35 años de edad, quien parecía arrastrarse más bien mientras en el rostro mantenía la expresión de quien se está sobreponiendo al dolor; tenía los pies planos, escoliosis, se sabría con el tiempo, y era un artista de teatro, Armando.

Desde el segundo día y por mucho tiempo se mantendría el desayuno de leche evaporada, acuosa; el almuerzo de solo chícharos aguados, la comida igual. Los hombres perdían peso día a día. Uno, Luis Prego, sería sorprendido por otro, su amigo, comiendo de la esmirriada vasija de sancocho, tomando las casi impalpables sobras desesperadamente con sus manos. Aflorarían las peleas por el gran botín que significaban las cacerolas untadas de raspas, cuando hubo arroz. Aquel caibarienense, Losada, de unos 20 años de edad, daría fe, con casi 24 horas de gritos insufribles, de un dolor en el vientre —“¡Qué dolor tan perro!”— que haría que sus compañeros, finalmente, lo llevaran a rastras hasta la puerta de la jefatura para ahí dejarlo y no volverlo a ver jamás. Aquel placeteño, Luis Estrada Bello, un hombre de apenas 110 libras más o menos, cuya fragilidad remitía a la tristeza de solo mirarlo, se desmayaría constantemente para ser reintegrado a la formación constantemente.

El domingo 27 de junio de 1966, en la tarde, reunirían a los hombres en la explanada para informarles que al día siguiente comenzaría el trabajo en el campo. En la mañana, les entregarían los azadones: se trataba de limpiar los cañaverales de malas yerbas. Entonces, realmente, comenzaría el infierno.

Quizás no pocas personas de las que han leído o escuchado las declaraciones de la señora Mariela Castro, en uno y otro sitio del mundo, coincidan conmigo en que la sexóloga cubana se expresa de manera candorosa casi siempre, y que candor exhalan sus expresiones faciales, sobre todo su sonrisa. ¿Será ella así en verdad?

AFORTUNADAMENTE los elementos o depurar constituyen una insignificante minoría. Sin embargo, estorban con su incorrecta actitud el gran esfuerzo colectivo de todos los demás.

USTEDES saben bien quiénes son, los han tenido que combatir muchas veces, se han preguntado cuándo tendrían la oportunidad de pedirles cuentas en nombre de la Revolución.

A llegado el momento de que, con la más elevada responsabilidad, apliquen la fuerza del poder obrero y campesino, la fuerza de las masas, el derecho de las masas, contra sus enemigos, contra quienes se empeñan en estorbar la marcha incontenible de la obra revolucionaria.

AY que recordar que están muy próximos los exámenes y que las enormes necesidades que tiene la Revolución de técnicos y profesionales, no permiten que ninguno de ustedes desaprobe el curso, hay que levantar la guardia en el estudio, y prepararse para ganar dos formidables batallas: limpiar de enemigos nuestros planteles, y lograr la más alta promoción.

¡Fuera los contrarrevolucionarios y los homosexuales de nuestros planteles!

¡Ganemos la batalla de la promoción!

Donde sea, como sea, y para lo que sea.

**¡COMANDANTE EN JEFE ORDENE!
UJC — UES
PATRIA O MUERTE VENCEREMOS**

REVISTA MELLA 31 DE MAYO 1965

Mariela Castro, en los últimos años, se ha convertido en una especie de heraldo —¿seráfico?— que llega hasta nosotros para avisarnos de cuestiones del “pasado revolucionario” que deberían ser esclarecidas. Sin embargo, cuando aborda el tema de las UMAP, nos confunde un poco con expresiones que parecen elementales o demasiado obvias. Viene y dice:

1) “Hay que aprender de la historia con honestidad y transparencia y asumir responsabilidades. No hay que tenerle miedo a los errores cometidos, hay que aprender de ellos”. ¿Y esto para quién será? ¿Qué se puede aprender, a estas alturas, de aquellos “errores”? ¿Y las enseñanzas que se obtuvieran, en caso de que así fuera, dónde, en el tiempo y el espacio, se aplicarían?

2) “Explorar en la historia nos da muchas pistas”. Esto es verdad. Verdad.

3) “La historia real [sobre las UMAP] todavía no se conoce”. Ni se va a conocer si ella, al parecer la encargada del asunto, se basa sólo en “los testimonios que tiene y de otros que ya le anuncian personas interesadas en narrar sus vivencias”.



Jorge Ronet: No fue Pinochet el primero en encerrar en instalaciones deportivas a opositores. Llegamos de madrugada al Estadio... y habian entre 12 mil y 14 mil personas

Porque yo pienso que las “personas interesadas en narrar sus vivencias”, a ella precisamente, deben ser personas, en su mayoría, encariñadas con la élite gobernante. Digo yo. Y otro detalle: no se puede demorar mucho más la “investigación” porque de aquellos 22.000 hombres —otros dicen que 43.000; el padre de Mariela Castro debe saber cuál es la cifra correcta— ya muchos han muerto.

Un aspecto que esperamos conozca la psicóloga cubana es que el suplicio de los confinados en las UMAP no terminó cuando salieron de aquellos campamentos. Todavía arrastran el estigma, los que viven, y lo arrastraron toda su vida los que ya han muerto: esa mancha de ser “ex soldado” UMAP; es decir, siguen siendo victimarios, no víctimas. Muy pocos han logrado sobreponerse frente a la discriminación que, por ese pecado que cargan, han debido enfrentar para ascender en ciertas facetas de la vida. Pero según Mariela Castro pedir perdón por las UMAP “sería una gran hipocresía”, sería “como quitarse la responsabilidad de encima”. Yo pienso, sin embargo, que cuando ya el mal que hemos hecho resulta irreparable, sólo solicitar el perdón nos podría redimir en alguna medida o tal vez del todo.

Si a lo que mencionábamos antes —esa cruz que llevan aún la mayoría de los ex UMAP que viven en la Isla— se le añade esa otra secuela, la psicológica, precisamente, tendremos que el daño es grave, muy grave. Podríamos citar a varios de aquellos hombres que después, jamás, pudieron conciliar el sueño sin el tratamiento clínico correspondiente. A varios que luego de haber sido liberados resultaron discriminados en sus centros de trabajo, o por el Comité de Defensa de la Revolución de la cuadra, o abandonados por sus parejas, sus amigos, sus vecinos, porque esos hombres que habían estado en las UMAP, sin duda, pensarían quienes los obviaban, eran la “lacría social”, de acuerdo con lo que pregona el régimen, ¿y qué beneficios podría traerles a los que intimaran o continuaran intimando con ellos, en medio de una “sociedad de justa moral socialista”?

De cualquier manera, es elemental que para quien tenga acceso al poder, como es el caso de la señora Mariela Castro, no sería difícil acceder a los expedientes, que ahí están, guardados aún, sin duda; porque a más de 20 y de 30 años de distancia a no pocos ex UMAP, en el momento de optar, digamos, por “un puesto de confianza”, “les ha salido el expediente”; es decir, les ha salido esa culpa que deben cargar. Para la investigación que intenta la psicóloga Castro, aparte de la que hiciese en el terreno, le serviría de mucho consultar esos expedientes. Entonces vería que la mayoría de los confinados eran hombres de bien, con defectos, con debilidades que aunque no concordasen con la maqueta del Hombre Nuevo, se ceñían perfectamente a la idea que tenemos de lo que es un Ser Humano. Quizás la sexóloga Castro, luego de revisar la documentación, concluiría que los más inocentes de aquellos encerrados vestidos de azul eran los homosexuales, puesto que estos, en su anterior vida de civiles, no habían dejado de trabajar los sábados porque fuesen adventistas del Séptimo Día, no habían dejado de saludar a la bandera porque fueran testigos de Jehová, no habían estimulado el “diversionismo ideológico” porque auxiliaban al sacerdote en la iglesia católica de su zona.



Creo que Mariela Castro, y cualquier ser medianamente pensante, podría concluir, sin necesidad de análisis alguno, que en las UMAP no se iba a reeducar

nadie, como aseguraban las autoridades. Resulta elemental que ningún ser humano se reeduca por medio de la persuasión consistente en el pánico, el trabajo agotador, el aislamiento. Allí más bien se sembró el odio contra el verdugo, porque verdugos fueron quienes dictaminaron que unos hombres eran inferiores a ellos y, por tanto, merecían el desprecio, la humillación.

Vuelvo a las líneas iniciales para de nuevo preguntarme: ¿es su personalidad candorosa la que lleva a la psicóloga Mariela Castro a afirmar lo evidente, y a negar lo evidente? ¿Será?, ¿será el candor?

Y por otra parte, si bien ella considera que el régimen no debe pedir perdón por aquella iniquidad... Nosotros, hermanos, perdonemos.

A veces se han impreso determinados libros. El número no importa. Por cuestión de principio, hay algunos libros de los cuales no se debe publicar ni un ejemplar, ni un capítulo, ni una página, ¡ni una letra! (APLAUSOS.)

Claro está que tenemos que tener en cuenta el aprendizaje, nuestro aprendizaje. Claro está que en el transcurso de estos años hemos ido cada día conociendo mejor el mundo y sus personajes. Algunos de esos personajes fueron retratados aquí con nítidos y subidos colores. Como aquellos que hasta trataron de presentarse como simpatizantes de la Revolución, ¡entre los cuales había cada pájaro de cuentas! (RISAS.)

DISCURSO DE FIDEL CASTRO EN LA CLAUSURA DEL 1ER CONGRESO NACIONAL DE EDUCACION Y CULTURA, EFECTUADO EN EL TEATRO DE LA CTC, EL 30 DE ABRIL DE 1971.